

Cráneos pirotécnicos

Roger van de Velde

An extract

Original title De knetterende schedels
Publisher Uitgeverij Vrijdag, 2020

Translation Dutch into Spanish
Translator Gonzalo Fernández Gómez

© Roger van de Velde/Gonzalo Fernández Gómez/Uitgeverij Vrijdag/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

Trompeta

Jamás había oído a nadie tocar la trompeta como Honoré. Aunque lo que él hacía no era tocar. Más bien gemía, clamaba, plañía y casi blasfemaba a través de su instrumento, con tonos prolongados y penetrantes sin ningún tipo de acorde, tan horribles, estridentes y desafinados que a veces llegaban hasta la médula. Los quejidos de Orfeo tras perder a Eurídice no pudieron haber sido más desgarradores.

Lo de la trompeta fue idea del doctor Poulard. Husmeando en los expedientes había descubierto que, antes de que lo internaran en el centro, Honoré había tocado la trompeta, lo cual consideraba un dato importante. El doctor Poulard sostenía la opinión, muy extendida entre los psiquiatras, de que una inclinación creativa que se hubiera manifestado durante la juventud y por algún motivo se hubiera abandonado, debía estimularse con paciencia y, si hacía falta, con cierto grado de coerción, pues de esa forma, al menos según los psiquiatras, el paciente descargaba tensión. Quien hubiera pintado, tenía que volver a pintar, aunque ya no pudiera ni ver la pintura. Y quien hubiera tocado de vez en cuando un instrumento en su tiempo libre tenía que volver a los brazos de Polimnia, aunque hiciera ya años que había llegado a la conclusión de que se ganaba más dinero fabricando muebles de cocina. Se puede considerar un milagro que el doctor Poulard nunca me haya animado a escribir. Será porque no sabe que en mi juventud me aventuré durante un tiempo a escribir poemas de amor.

Tras buscar un poco, un guardián encontró en el desván de su casa un instrumento cobrizo abandonado desde hacía años que guardaba el punto medio entre una corneta y un cornetín, pero que todo el mundo, por simplificar, llamaba trompeta, y se lo dieron a Honoré con el apremiante encargo de que liberara con él sus tensiones. Le asignaron un rincón del comedor para él solo durante el día y los demás, no sin curiosidad, quedamos a la espera de ver cuál era el resultado de aquel experimento.

El experimento era especialmente interesante porque, desde su ingreso en el centro, Honoré se había encerrado en un silencio hermético. Sus órganos fonadores y auditivos funcionaban perfectamente, pero, por algún motivo que sólo él conocía—si es que había un motivo—, se negaba con obstinación a participar en cualquier forma de diálogo. Tal vez aquel inquietante e impenetrable silencio fuera su forma de ofrecer resistencia. Aunque también podía ser que detrás de su frente ya no ocurriera nada por lo que mereciera la pena gastar saliva.

Teniendo en cuenta su apatía, el doctor Poulard consideró ya de por sí una buena señal que Honoré se mostrara dispuesto a tocar la trompeta, aunque su forma de tratar el instrumento no

tuviera nada que ver con lo que normalmente se entiende por música y, por el momento, tras sus primeras actuaciones, no se apreciara en él la más mínima descarga de tensión.

—Hay que perseverar —dijo el doctor Poulard—. Vamos por el buen camino.

Una semana entera estuvo Honoré torturando el instrumento en el comedor. Los tonos graves eran más o menos tolerables. A veces sonaba como si pasara un barco de vapor. Pero los tonos agudos y chirriantes nos tensaban los nervios como cables y mortificaban también a los guardianes, que se quejaban de insufribles dolores de cabeza. Cuanta más tensión descargaba Honoré con la trompeta—si es que era verdad que descargaba tensión—, más cargada y tensa era la atmósfera en la sala. Hasta los pájaros, espantados, abandonaron indignados el jardín.

Al doctor Poulard le parecía extraño, y también un poco decepcionante, que después de una semana no hubiera salido un solo tono civilizado de aquella trompeta.

—Y sin embargo —dijo abriendo su expediente—, aquí lo pone bien claro: «Su tío y su cuñada declaran *qu'il joue de la trompette*».

Entonces, en un chispazo de lucidez, uno de los guardianes recordó que en algunas zonas de Valonia, y más en concreto en el Borinage, de donde procedía Honoré, decir que alguien «toca la trompeta» equivale a decir que está loco.

Al doctor Poulard le pareció un chiste fabuloso y el guardián, que tenía sus modales, se rió con él.

—*Absolument fantastique!* —exclamó el doctor.

Inmediatamente, se dirigió al comedor, donde Honoré soplaba pertinazmente en la trompeta sentado en su rincón, le dio una palmadita en el hombro, le arrebató bruscamente el instrumento y lo arrojó con violencia al otro lado de la sala con la esperanza de provocar una reacción en él.

Una vez más, sus expectativas se vieron defraudadas. Honoré se quedó perplejo mirándose las manos en silencio y, a continuación, alzó la vista hacia el guardián y el doctor Poulard como un animal herido incapaz de decir dónde le duele.

Fetichismo mancillado

Estuve mucho tiempo dudando antes de permitir que me afeitara Evarist. No sólo por el peligro que, dadas sus pésimas cualidades de barbero, suponía siempre ponerse en sus manos, sino, sobre todo, porque sabía que me odiaba a muerte y era capaz de cortarme el cuello sin ningún remordimiento.

En un hospital psiquiátrico ocurren ese tipo de cosas. Hace unos años, un barbero furibundo le causó una grave herida con la navaja a un cliente que había osado burlarse de él. Si la cosa no llegó a mayores, fue sólo porque el guardián pudo intervenir a tiempo. Bien mirado, era sumamente irresponsable que, después de aquel incidente, la dirección siguiera confiándole a un paciente la delicada tarea del afeitado, pero Evarist figuraba en el registro como un interno absolutamente inofensivo, de lo cual yo, sin embargo, no estaba tan seguro.

Podía haber dirigido una escrito a la dirección para solicitar que, «por motivos personales», me afeitara otra persona. Pero en tal caso me habrían pedido explicaciones sobre el carácter y fundamento de dichos motivos personales y, a fin de cuentas, podía ser que estuviera sobrevalorando con miedo infantil los sentimientos de inquina de Evarist.

Por otro lado, tampoco resistía la tentación de poner a prueba su temperamento con un pequeño desafío. Era una enorme osadía exponerme al riesgo de sufrir un tajo en el cuello por mor de semejante experimento, pero siempre me habían atraído el peligro y los juegos de azar, muchas

veces para mi propia infamia. Además, quería demostrarme que tengo agallas, pues es algo sobre lo que aún sigo albergando mis dudas.

El odio de Evarist estaba relacionado con un problema de inhibición sexual y, probablemente, de orgullo herido. Un día, henchido de satisfacción, me había enseñado una foto arrugada de una exuberante mujer desnuda. Era lo que se conoce como un *nu artistique* de una de las muchas revistas parisinas que desde hace décadas encuentran un público ávido entre viejos y adolescentes.

No se podía negar que se trataba de una gallinita muy apetecible, con unas tetas y un culo como para hincar el diente, y no dudé en expresar mi agradecimiento por el placer estético que, con tanta generosidad, había tenido a bien compartir conmigo. Pero luego, sin darme mucha cuenta de lo que decía, añadí con cierto desdén que ese tipo de fotografías eróticas se vendían en serie en prácticamente cualquier librería o quiosco. Aquella observación era ya de por sí un error psicológico, pues degradar a vulgar producto comercial el fetiche que, por lo visto, tan importante era para él, implicaba una considerable depreciación de su valor.

Nunca llegué a enterarme del ingenioso modo clandestino a través del cual se había hecho con aquella foto. Sin duda habría pagado un alto precio por ella, aunque eso era asunto suyo. Si Evarist hubiera dejado la cosa ahí, habría podido disfrutar de su estimulante espectáculo visual por el resto de los tiempos ronroneando como un gatito, y yo, desde luego, no le habría privado de ese placer.

Pero él también cometió un error. Al igual que *le cocu magnifique*, quería alardear ante todo el mundo de su conquista. Hinchado como un pavo en celo, iba por todas partes presumiendo de su foto, y siempre que se presentaba la ocasión enseñaba con imprudencia temeraria los abundantes pechos y las firmes nalgas de la codiciada modelo. Su obsesión derivó en una especie de exhibicionismo ajeno, si es que algo así es posible. Al cabo de pocos días, ya tenía toda una comitiva de mirones que seguían sus pasos a todas partes y, en un estado de arrobó insaciable, pedían más y más, como los extáticos devotos de la Virgen de Fátima.

Aquello podía acabar desatando una peligrosa psicosis colectiva. Para los responsables del centro, cualquier brote de inquietud sexual entre los internos es tan temible como una epidemia descontrolada.

Como quería evitar que Evarist se diera de bruces con la autoridad a causa de su magnética amigueta, le eché un brazo al hombro y, de la forma más diplomática posible, traté de hacerle comprender que era recomendable observar cierto grado de prudencia en la exhibición de su mercancía, pues de lo contrario acabaría llamando la atención de los guardianes, lo cual tendría como catastrófica consecuencia la incautación inexorable de la fuente de su exultante alegría. Quería hacerle un favor, pero el desastre era ya irremediable. Aquella misma tarde llamaron a Evarist a la oficina. Tras un exhaustivo y profesional registro durante el cual lo cubrieron de viles insultos, le confiscaron la foto, que desde entonces luce probablemente en el dormitorio del guardián jefe. Y aún tuvo suerte de que le permitieran conservar su puesto de barbero.

Aunque no tenía la menor prueba para justificar semejante acusación, Evarist estaba absolutamente convencido de que había sido yo quien lo había delatado, y no tardó en hacérmelo saber. Cuando, humillado y desprovisto de su tesoro, salió de la oficina, vino directo hacia mí, escupió a mis pies y gritó tan alto como pudo:

—*Mouchard!*

Chivato. El insulto más terrible que se podía utilizar en el centro, reservado para los individuos más ruines. Los internos podían vivir tranquilamente en el hospital, sin inspirar demasiado desprecio, con asesinatos, violaciones y actos de piromanía en la conciencia, pero a los ojos de los guardianes de la moral, que pasaban la mayor parte del tiempo intrigando y poniéndose zancadillas unos a otros, un chivato era la criatura más rastrera que podía existir y no merecía clemencia.

Me propuse firmemente hacer caso omiso de Evarist y su absurda sospecha y esperar con buen talante a que el incidente cayera en el olvido. Pero, entretanto, mi barba no dejaba de crecer, y

tampoco tenía la menor intención de ir por ahí con una patriarcal mata de pelo facial —y mucho menos de cultivar en ella un sentimiento de culpa infundado— a causa de un conflicto cuyo *casus belli* era una señorita desnuda tristemente desaparecida.

Cuando me senté en la vieja silla reclinable con una mugrienta toalla llena de harapos al cuello, en el rostro de Evarist no se contrajo un solo músculo. En el espejo vi cómo afilaba la navaja pasando la cuchilla por la correa de cuero con cortos e impetuosos movimientos, y cómo batía la espuma con el mismo ímpetu en un cuenco de cuero rojo. Me recliné hacia atrás, apoyé la nuca en el reposacabezas y cerré los ojos como un nadador bajo la superficie del agua. Si tenía intenciones aviesas, ya me daría cuenta. Podía levantarme de un salto, y el guardián estaba muy cerca. Durante diez largos minutos, Evarist trabajó mi rostro sin maltratar un solo poro de mi piel. Bien es cierto que afeitaba fatal, apretando demasiado y con interrupciones abruptas, pero así era como afeitaba antes, cuando aún me consideraba su amigo. Hizo su trabajo lo mejor que pudo y no había ningún motivo para afirmar que me hubiera hecho daño de manera intencionada. Mi inquietud, sin embargo, adquirió un nuevo cariz. Durante diez minutos sentí sus manos afanándose en torno a mi nariz y mi boca. Manos que ardían en deseos de explorar y toquetear el cuerpo de una mujer en sus rincones más íntimos; manos con las que sin duda se masturbaría con frecuencia. La mera idea de que aquellas manos que palpitaban como moluscos estuvieran anhelando el calor viscoso de una vagina, me horrorizaba más que el miedo cada vez más difuso de que esas mismas manos me hundieran la navaja con saña en el cuello. Apreté los labios con fuerza para que no me contagiara algún virus todavía sin nombre, pero al mismo tiempo noté que la sangre me subía turbia a la cabeza, porque, si había de ser justo, ¿acaso podía afirmar que mis manos no anhelaran también nalgas, pechos y vaginas, por mucho que no fuera anunciándolo por ahí a los cuatro vientos, como hacía él?

Cuando abrí los ojos, Evarist estaba enjuagándose el jabón con la espalda vuelta hacia mí. Por primera vez me llamó la atención que tenía la espalda estrecha y ligeramente corcovada, y de pronto sentí una extraña tristeza compuesta, por un lado, de remordimientos por el hecho de que se hubiera quedado sin su foto y, por otro, de vergüenza por haber sospechado que albergara malas intenciones contra mí.

Le di las gracias a sus espaldas con voz queda y dejé tres cigarrillos en la bandejita de latón que había junto al lavabo. Era más de lo que le correspondía. La tarifa habitual por un afeitado era un cigarrillo y, de hecho, ni siquiera estaba obligado a darle nada, porque ya le pagaba el centro por su trabajo.

Mientras me secaba la cara con la toalla, Evarist se dio la vuelta y, sin decir una sola palabra, rompió los tres cigarrillos ceremonialmente por la mitad, uno detrás de otro, y los tiró a la basura ante mi atribulada mirada.

Las jovencitas agraciadas que ofrecen a la cámara sus encantos en París y otros lugares del mundo a cambio de un fajo de billetes, no tienen ni la más remota idea del visceral sentimiento de odio que pueden llegar a inspirar sus tetas y sus culos en los hombres solitarios.

Arenques en salmuera

Aunque lo consideraba capaz de cualquier cosa y siempre que trataba con él me mantenía en permanente estado de alerta, el marqués De la Motte encontró la forma de volver a sorprenderme.

Por los servicios prestados en el curso de seis meses, me adeudaba una cantidad de trece millones de francos. Un día, cuando menos me lo esperaba y sin que hubiera ningún motivo para ello, se acercó a mí radiante de satisfacción y me puso en la mano un tarro de arenques en salmuera con la intención de que aceptara dicho obsequio como liquidación de la cuenta y garantía de su solvencia.

Acepté aquellos agrios *fruits de mer* con las debidas palabras de agradecimiento, pero la generosa dádiva me resultó sumamente sospechosa. No era propio del marqués De la Motte repartir regalos en especie. Más bien al contrario, solía mendigar a los demás con desvergonzada mezquindad y todo el mundo sabía por experiencia que, cuando él andaba cerca, no era aconsejable dejar desatendidos los bienes personales.

Además, el marqués no estaba autorizado a tener en su posesión objetos peligrosos como un tarro de cristal, por muy inocente que fuera su contenido. Hacía un par de años, en un arrebatado de sombría desesperación, había tratado de abrirse las venas con el borde afilado de una lata de sardinas y, cuando vio que no lo lograba, se tragó las esquirolas de un vaso de cristal roto. La gracia le costó terribles cortes en el aparato digestivo, y en la mesa del quirófano tuvieron que extirparle una parte del estómago. Dada su condición de potencial suicida, un tarro de cristal en sus manos era como una granada presta para estallar en cualquier momento.

Cabía imaginar que le hubiera comprado el tarro de arenques a algún pardillo demasiado crédulo por una cantidad astronómica. El marqués De la Motte derrochaba millones a diestro y siniestro con un desapego que haría palidecer al mismísimo Onassis. Con una libreta bajo el brazo, iba de una mesa a otra y, en actitud ostentativa, anotaba los mareantes saldos positivos y negativos de sus transacciones con los demás internos. Por una simple palabra amable, una sonrisa, un cigarrillo o una taza de café, se apresuraba a extender un pagaré redactado al estilo de: «El abajo firmante adeuda al portador la suma de trescientos mil francos». Y debajo añadía su firma: Marqués Jacques de la Motte. Aquel marqués no tenía ni donde caerse muerto, pero en el plazo de unos años debía de haber repartido unos cuantos miles de millones imaginarios. Él era quien más disfrutaba de su magnanimidad, pero también tenía mérito que hubiera sabido ilusionar a otros internos con aquella descabellada fantasía.

El marqués había adquirido la costumbre de recompensar mis servicios con especial generosidad, porque al principio tuve la imprudencia de estimular su imaginación desbocada con las ocurrencias más peregrinas. El hombre era un conspirador nato. Se pasaba el día maquinando fugas espectaculares y tramando planes para minar sistemáticamente la autoridad, abolir prisiones y hospitales psiquiátricos con uso de la violencia y exterminar sin piedad al clero, porque, por algún motivo que no he conseguido averiguar, era un ateo furibundo. Esto último enraizaba con su anarquismo acérrimo. En vez de aquel pomposo título de marqués De la Motte, que sin duda habría sacado de algún que otro libro sobre la Revolución francesa, debería haber elegido Ravachol como nombre de batalla. Aunque también es cierto que, para firmar cheques de millones de francos, un título nobiliario impone más que el seudónimo de alguien que iba por el mundo poniendo bombas.

El honorario más alto que me concedió el marqués fue de cuatro millones de francos por un ingenioso pero más bien absurdo plan de fuga por levitación. Las posibles formas de rebasar los altos muros del centro, protegidos con alambre de espino y esquirlas de cristal, era un tema que le fascinaba desde hacía años, porque al otro lado de aquellos muros era donde se encontraban los auténticos millones. Tras descartar por ordinarios e inviables los métodos clásicos de cavar un túnel o escalar con ayuda de sábanas atadas entre sí, y abandonar también la idea de volar el muro con nitroglicerina por falta de material *ad hoc*, empezó a plantearse seriamente el uso de una sofisticada técnica de salto, para lo cual se basaba en el hecho de que un atleta bien entrenado era capaz de superar con la pértiga alturas de en torno a cinco metros, cuando cuatro metros bastaba para salvar el muro del hospital. Aunque no me resultó fácil, al final conseguí sacarle aquel plan de la cabeza, porque era capaz de ponerse a experimentar con barras o palos y acabar rompiéndose una pierna o partiéndose el cuello. A modo de compensación mencioné así de pasada el interesante ejemplo de algunos místicos y prestidigitadores competentes que, en tiempos ya remotos, habían logrado elevarse por encima del suelo con el uso exclusivo de su fuerza de voluntad y poder de concentración, técnica que además no implicaba ningún riesgo. Tal y como documentaban los devotos archivos, era una mera cuestión de fe ciega, aunque Newton hubiera presentado luego objeciones científicas a dicho afirmación.

A pesar de su acusado escepticismo para con todo aquello que oliera a propaganda religiosa, el marqués acogió con entusiasmo la idea de la levitación mística y se mostró dispuesto a extenderme inmediatamente un pagaré por cuatro millones de francos, a condición de que callara como una tumba sobre el osado plan. Le dije que tres millones sería más que suficiente, pero él insistió en compensar mis servicios de asesoramiento con cuatro millones. Un millón por cada metro de levitación le parecía lo más justo.

Ya nunca volví a alcanzar esas cifras. Una vez me ofreció un pagaré de dos millones de francos por una propuesta para acabar con el clero mediante la introducción progresiva y generalizada de la inmaculada concepción como *contitio sine qua non* para las madres de futuros sacerdotes, pastores y monjas. Pero el hecho de que, a pesar de poner en el empeño toda su fuerza de voluntad y poder de concentración, sus repetidos intentos de levitación no condujeran a nada, debió de suponer una enorme decepción para él. Hasta tal punto que decidió pasar a un campo de acción más realista, porque un día vino a pedirme ideas para eliminar al director del centro de la forma más efectiva. Ahí fue cuando perdí mi gran oportunidad, porque el marqués estaba dispuesto a recompensarme con una cantidad récord de diez millones de francos por la aportación de ideas útiles. Pero, asustado por tan alarmantes intenciones, me negué a ofrecer ningún tipo de colaboración adicional. Aunque yo tampoco sentía especial simpatía por el director, prefería que su vida tuviera un final más pacífico.

No sé si el marqués, después de haberme concedido tantos favores, interpretó mi negativa como una grave ofensa, pero eso fue lo que pensé al principio, pues durante tres semanas no se dignó ni a mirarme. Llegué a temer, incluso, que reclamara la devolución de los pagarés extendidos a mi nombre, lo cual habría supuesto la ruptura definitiva de nuestras relaciones.

Hasta que, de forma absolutamente inesperada y sin reclamar a cambio ninguna contraprestación, se presentó ante mí con aquel tarro de arenques en salmuera, como un niño que viene a traer un ramo de flores.

Lo primero que experimenté fue alivio por el hecho de que se desprendiera voluntariamente de un objeto tan peligroso, y también me conmovió comprobar que el

marqués De la Motte era capaz de hacer un gesto de generosidad, lo cual, en cierto sentido, validaba sus estériles millones.

Pero, a pesar de todo, el asunto me resultaba sospechoso.

Y, por supuesto, mis sospechas resultaron fundadas. Porque, por la noche, cuando abrí el tarro para degustar a la salud del marqués un arenque acompañado por un buen trozo de pan, se esparció a mi alrededor como la peste bubónica un intenso y repugnante olor a pescado podrido, tan penetrante que debía de percibirse a diez kilómetros distancia.

Margaritas ante porcos

Lo primero que vi de él fueron sus brazos. Estaba leyendo *State of the Nation* de Dos Passos y me había metido algodones en los oídos para amortiguar lo máximo posible el estruendo canibalístico que hacían los internos en la sala. Noté que había alguien a mi lado, pero en primera instancia no levanté la cabeza. No es que la lectura me estuviera resultando tan interesante, pero, con un poco de práctica, uno se acostumbra a leer cualquier cosa con tal de abstraerse del entorno. Apoyó las manos en la mesa, junto a la jarra de café abollada, y con el rabillo del ojo vi los textos que tenía tatuados con letras moradas en la piel bronceada de sus antebrazos. En el brazo izquierdo, el lado del corazón, un nombre de mujer: Sylvie. En vez de un punto, la i tenía una minúscula florecita, lo cual resultaba al mismo tiempo infantil y conmovedor. Sylvie con una florecita era algo muy distinto que Sylvie con un punto. Y en el brazo derecho, un enigmático lema: *Margaritas ante porcos*. La p estaba desplazada hacia arriba, por lo que parecía que ponía «*Margaritas ante forcos*», lo cual, obviamente, no tenía ningún sentido. Por lo demás, de momento no quedaba claro quiénes eran los cerdos que según él no merecían perlas. Ese tipo de lemas podían significar cualquier cosa, y a veces no significaban nada en absoluto. Algunos hipocondriacos, en su absurdo deseo de llamar la atención, se dejan tatuar en la piel cualquier majadería supuestamente provocativa. (...) Pasé una página con mucho teatro y fingí estar absorbido por completo por la lectura. Los lemas en general, y los lemas andantes en particular, me resultan bastante indiferentes.

—¿Es verdad que llevas aquí ya cinco años pudriéndote por el uso de sustancias estupefacientes? —preguntó la voz que correspondía a aquellos brazos. Era una voz perezosa, ligeramente velada, con un timbre sensible que, por algún motivo inexplicable, me recordaba al embriagador aroma de los claveles.

Alcé la mirada del libro entre sorprendido e irritado. En el centro no era habitual nombrar de forma explícita los delitos de los internos, salvo cuando había gresca. Casi todo el mundo conocía hasta los detalles más nimios de lo que había hecho cada uno, pero en el trato diario se guardaba el debido silencio. Aunque fuera el propio implicado quien sacaba el tema, los demás reaccionaban siempre con recelo y muchas reservas. El prudente silencio sobre los crímenes y castigos de los internos era una especie de pacto de caballeros según el cual todos observaban una discreción que tal vez no fuera cortés pero, desde luego, era acorazada, la cual probablemente emanaba más de un sentimiento intuitivo y mal disimulado de vergüenza reprimida que de una auténtica conciencia de culpa. Los sarnosos no se sienten culpables por ser sarnosos, pero no les gusta ir por ahí exhibiendo sus llagas. Aquel hombre de los brazos tatuados que, sin ningún tipo de rodeo, osaba escupirme a los pies como una flema mis sustancias estupefacientes, infringía de forma consciente una ley no escrita pero rigurosamente respetada.

De acuerdo con las costumbres de la casa, nada me habría impedido meterle un puñetazo en toda la jeta sin hacer ningún tipo de comentario, para que se le quitaran de una vez por todas las ganas de hacer preguntas indiscretas. Pero yo jamás había pegado a nadie.

(...)

—Métete en tus asuntos —le espeté en tono cortante.

(...)

—Tal vez pueda ayudarte —dijo con voz insegura.

Lo miré durante un instante con asombro infinito y, a continuación, me entró un ataque de risa compulsiva. Una risa que me hacía daño en algún lugar del pecho.

Durante cinco largos años, media docena de psiquiatras muy seguros de sí mismos habían tratado infructuosamente de ayudarme; si es que su intención había sido ofrecer ayuda, porque en lo tocante a la caridad psiquiátrica soy sumamente escéptico y desconfiado. Cuando se trata de sondear las profundidades de la psique humana, confío mucho más en los poetas que en los médicos. Los poetas tampoco tienen ni idea, por supuesto, pero a veces, al menos, aciertan a describir con palabras sonoras y lenguaje conmovedor sus tanteos en la oscuridad en busca de la esencia de las cosas.

Durante cinco largos años, los psiquiatras habían argumentado, experimentado y discutido entre ellos para encontrar las turbias causas que me conducían a sumergirme en la niebla tóxica de una huida irracional. ¿De quién o de qué huía? ¿Adónde pretendía llegar? Hasta el día de hoy, no habían encontrado respuestas.

Sus encefalogramas, su insulina y sus tests de Minnesota no habían servido para descubrir, ni siquiera por aproximación, la esencia de mi caso. Con su niamida, prazine, librium, haloperidol, disipal, largactil, nozinan, esucos, meprobramato y el resto de la puta inmundicia química de sus farmacias ambulantes, no habían conseguido aliviar nunca un dolor viejo e inaprehensible pero en esencia muy simple.

Y ahora venía un niño que no me conocía de nada, con un pantalón demasiado corto y jeroglíficos infantiles en los brazos, y me decía muy serio que a lo mejor podía ayudarme. Porque no lo decía de broma. El tío iba totalmente en serio, lo veía en sus ojos brillantes y oscuros de joven con ínfulas de santo.

¿Era un predicador, un idealista o un mitómano? ¿Se había golpeado la cabeza de pequeño y vivía convencido de que tenía la misión de proclamar un mensaje de amor flamígero en la jungla de la sociedad? No parecía peligroso, pero la experiencia me había enseñado que era aconsejable ser precavido con los charlatanes de buena voluntad.

(...)
